

Compromiso Docente

Dr. Aníbal Mario Mazza Fraquelli

Nota: Original del año 2003, actualizado en los años 2007, 2012, 2016, 2020, 2025 y 2026.

No voy a enseñarle nada... simplemente voy a compartir con usted lo que sé.

Si alguna de mis "clases" se convirtiese en una mera exhibición, con el tiempo quedará tan lejos de su mente que se habrá perdido.

Pero, al contrario, al compartirla con usted se transformará en algo que retendrá para siempre, y eso, además, me ayudará a mejorar.

ED PARKER

Esta concepción del maestro Parker describe con precisión mi propia manera de entender la docencia: no como una transmisión unidireccional de contenidos, sino como un acto de diálogo genuino entre quienes comparten el interés por aprender.

Profesores y alumnos

La palabra *alumno* tiene su origen en el latín *alumnus*, que significa "el que es alimentado" o "criado". Proviene del verbo *alere*, "alimentar" o "nutrir". Esta raíz refleja la concepción antigua de que los alumnos eran como "hijos intelectuales" que recibían sustento en forma de conocimiento por parte de sus maestros, en una relación fundada en la dependencia y la guía.

La palabra *profesor* proviene del latín *professor*, que designaba a quien enseñaba o declaraba públicamente sus conocimientos. Su raíz es el verbo *profitēri*: "declarar", "confesar", "manifestar".

Esta etimología subraya la dimensión pública del conocimiento: el profesor es quien lo proclama abiertamente, actuando como guía y referente en un campo del saber.

Pero usted... es un estudiante.

El término *estudiante* deriva del latín *studens*, participio presente del verbo *studere*, que significa “esforzarse”, “dedicarse” o “aplicarse”. Esta etimología resalta la proactividad: el estudiante no espera recibir pasivamente el conocimiento, sino que va activamente a su encuentro.

La palabra *educar* proviene del latín *educare* (“criar”, “alimentar”) y del compuesto *educere* (“sacar afuera”, “conducir”). Esta doble raíz expresa el propósito esencial de la educación: no solo transmitir conocimientos, sino también hacer emerger las potencialidades que cada persona ya lleva dentro de sí.

Sobre la percepción de las clases

Es esperable que las opiniones sobre las clases de un docente sean diversas y contrapuestas.

Algunos estudiantes pueden percibirlos como demasiado exigentes; otros, como enriquecedoras y estimulantes; y otros, quizás, como una broma o un chiste.

Está bien.

El humor es, de por sí, educativo: quien encuentra la dimensión cómica de una idea ya está pensando sobre ella, ya la está procesando desde un lugar propio.

Lo importante no es la solemnidad con que se recibe el conocimiento, sino la honestidad con que cada uno se relaciona con él. Esto refleja la pluralidad de expectativas y trayectorias que cada persona trae al aula, y que inevitablemente condicionan su vivencia del proceso educativo.

La responsabilidad del aprendizaje

Más allá de esas percepciones, lo fundamental es que el aprendizaje depende en gran medida del compromiso y la disposición del propio estudiante. Quien tiene verdadero interés en aprender puede superar cualquier obstáculo y aprovechar las oportunidades que se le presenten.

En este sentido, el docente actúa como facilitador y guía, pero el éxito final recae en la actitud del aprendiz.

Reflexión sobre la autopercepción profesional

Cabe también recordar que la formación profesional no depende de un solo docente. La idea de que un “mal” maestro puede determinar a un “mal” profesional es relativa: cada individuo decide cómo interpretar y actuar frente a sus experiencias educativas. En última instancia, cada persona elige la narrativa que desea sostener y el enfoque que adopta frente a su propio desarrollo.

Acepto, con total tranquilidad, la posibilidad de ser el peor docente de su carrera.

Está bien. Es más: estoy convencido de que en toda la UBA hay docentes mejores que yo, y me alegra que así sea. Eso significa que usted tiene por delante una carrera llena de encuentros intelectuales que lo sorprenderán, lo desafiarán y lo entusiasmarán. Si este espacio no fue uno de ellos, no es el fin del mundo: es, simplemente, parte del recorrido.

Lo que no cambia es la responsabilidad de cada uno de aprovechar lo que sí le sirve, incluso de quien considera su peor docente.

El tiempo, en todo caso, dirá la última palabra: *Veritas temporis filia* (la verdad es hija del tiempo).

Mi compromiso y valores como docente

Mi compromiso docente se fundamenta en brindar lo mejor de mí, tanto desde lo emocional como desde lo intelectual.

Sé que no todas las clases serán iguales: algunas serán excepcionales, otras más modestas, y algunas podrán no alcanzar mis propias expectativas. Aun así, me esfuerzo por ofrecer lo mejor de mí como educador, aceptando que la perfección es un horizonte y no una constante.

La pasión y el esfuerzo intelectual

Como en cualquier ámbito de la vida, hay temas que me apasionan más que otros. Sin embargo, hago un esfuerzo consciente por transmitir con efectividad incluso aquellos que no me resultan tan atractivos.

Este ejercicio no solo es una forma de auto educarme, sino también un compromiso con mis estudiantes para asegurar que reciban un aprendizaje integral y de calidad.

La docencia y la investigación

La docencia y la investigación no son actividades paralelas: se alimentan mutuamente. La investigación mantiene vivo el conocimiento que se transmite en el aula, lo actualiza, lo cuestiona y lo pone en tensión con la realidad. Un docente que no investiga corre el riesgo de enseñar certezas donde hay debates abiertos, o de presentar como vigente lo que el campo ya ha revisado o superado.

Por ello, intento que mis clases reflejen no solo el estado consolidado del conocimiento en cada disciplina, sino también sus fronteras: los problemas sin resolver, las discusiones en curso, los paradigmas en disputa.

Esta tensión entre lo establecido y lo incierto es, precisamente, donde el pensamiento crítico tiene más para hacer.

Creencias pedagógicas y mayéutica

Creo profundamente en la mayéutica como método educativo: formular preguntas y cuestionar son elementos centrales en mi práctica docente. Para mí, la teoría y la práctica son inseparables, y el aprendizaje significativo surge cuando los estudiantes logran integrar ambas dimensiones.

No busco saber más que mis estudiantes, sino fomentar en ellos la capacidad de superarse constantemente y de convertirse en referentes en sus propios campos del conocimiento.

Lo que sí es indiscutible es el valor del pensamiento crítico como legado y como responsabilidad.

En la UBA, como en toda gran institución del saber, somos herederos de quienes nos precedieron: estamos, en palabras que se atribuyen a Bernardo de Chartres y que Newton hizo propias, *nanos gigantum humeris insidentes*—enanos sobre hombros de gigantes. Esa posición nos da una vista privilegiada, pero también

nos impone una deuda: con quienes construyeron el conocimiento que hoy recibimos, y con quienes vendrán después a pararse sobre los nuestros.

Honrar esa cadena significa no aceptar ninguna idea sin examinarla, no repetir ninguna verdad sin cuestionarla. Fomentar el pensamiento crítico no es un capricho pedagógico: es el modo más honesto de estar a la altura de lo que recibimos y de lo que dejaremos.

Responsabilidad del estudiante y pensamiento crítico

Como docente, aliento a mis estudiantes a desarrollar pensamiento crítico. Les pido que duden de todo lo que explico, que investiguen y formen su propio criterio. Mi objetivo es que no acepten dogmas—ni siquiera los míos—y que construyan sus propios valores y convicciones. En este proceso es esencial reconocer que la verdad no es absoluta y que cada uno debe ser honesto consigo mismo en su búsqueda de conocimiento.

El error como parte del aprendizaje

El error no es el opuesto del aprendizaje: es uno de sus caminos más fértiles. Quien no se equivoca probablemente tampoco está arriesgando ni pensando en los límites de su comprensión. En mi práctica docente, procuro crear un espacio donde equivocarse no sea motivo de vergüenza sino de reflexión. Un error bien analizado revela más sobre el proceso de pensamiento que diez respuestas correctas repetidas mecánicamente.

La mayéutica socrática, eje de mi práctica, solo es posible cuando existe la disposición a sostener una hipótesis que puede resultar equivocada. Esa disposición—la de exponerse intelectualmente—es, a mi entender, una de las competencias más valiosas que un profesional puede desarrollar.

La relación docente-estudiante

Entiendo que mi rol no es el de un cuidador, sino el de un guía académico. La asistencia a clase debe ser una decisión consciente, fundada en el deseo de aprender y no en el mero cumplimiento de una normativa. No obstante, enfatizo la importancia del estudio y del esfuerzo personal como pilares del aprendizaje.

La calidad del conocimiento adquirido no depende solo del docente: depende, sobre todo, de la disposición del estudiante para aprovechar las oportunidades que se le presentan.

La diversidad en el aula

Cada grupo de estudiantes es, en sí mismo, un mosaico de trayectorias, contextos y formas de aprender. Algunos llegan con experiencia laboral que enriquece el debate; otros traen consigo bagajes culturales o personales que amplían la mirada colectiva. Algunos aprenden mejor con la teoría como punto de partida; otros necesitan el ejemplo concreto antes de poder abstraer.

Como docente, entiendo que mi responsabilidad no es homogeneizar ese mosaico, sino crear condiciones para que cada persona pueda acceder al conocimiento desde su propio punto de partida. Esto no implica reducir las exigencias, sino multiplicar los caminos para alcanzarlas.

Reflexión sobre el aprendizaje

El aprendizaje no es un acto pasivo: requiere preparación, dedicación y estrategia. Aunque no todos poseemos dones naturales iguales, el estudio constante y disciplinado puede llevarnos a alcanzar grandes logros. Como docente, busco inspirar a mis estudiantes a adoptar esta mentalidad, recordándoles que el éxito académico y profesional está intrínsecamente ligado al compromiso personal con el conocimiento.

Tecnología e inteligencia artificial como nuevo contexto pedagógico

La irrupción de la inteligencia artificial en la vida cotidiana y en los entornos académicos plantea preguntas que no pueden ignorarse en el aula. Las herramientas de IA pueden generar textos, resolver problemas, sistematizar información y asistir en tareas que antes requerían horas de trabajo. Este escenario no invalida la educación: la resignifica.

El verdadero desafío para el estudiante de hoy no es acumular información—eso lo puede hacer una máquina en segundos—sino desarrollar la capacidad de evaluar, contextualizar y aplicar críticamente esa información. El juicio, la ética y

la perspectiva humana siguen siendo irremplazables. Mi responsabilidad como docente incluye ayudar a mis estudiantes a navegar este nuevo entorno con inteligencia y responsabilidad, sin perder de vista que las herramientas son medios, no fines.

Qué hacer

La pregunta “¿qué tengo que hacer?” es una constante en el proceso de toma de decisiones, ya sea en la vida cotidiana, en el ámbito académico o en el profesional. No siempre existen respuestas claras; sin embargo, ciertos principios pueden servir como brújula.

Una de las frases que encuentro particularmente útil proviene de Bruce Lee (27 de noviembre de 1940–20 de julio de 1973):

“Tomar lo bueno, desechar lo que no sirve y agregar lo exclusivamente propio.”

The Tao of Jeet Kune Do

Es relevante mencionar que Bruce Lee escribió este libro bajo circunstancias extraordinarias. Una grave lesión lumbar sufrida en 1970 lo obligó a guardar reposo durante varios meses. Lejos de rendirse, aprovechó ese período de convalecencia para organizar y sistematizar sus reflexiones sobre artes marciales y filosofía.

El libro fue compilado a partir de esas notas y publicado póstumamente por su esposa, Linda Lee Cadwell. Este contexto otorga a sus palabras un peso adicional: demuestran cómo la adversidad puede transformarse en una oportunidad para crecer y construir una filosofía de vida resiliente.

El consejo de “tomar lo bueno, desechar lo que no sirve y agregar lo exclusivamente propio” propone un enfoque crítico y personalizado para enfrentar cualquier desafío. En lugar de aceptar pasivamente ideas o prácticas, esta filosofía invita a evaluar su utilidad, adoptar lo valioso, eliminar lo superfluo y adaptar los principios a las propias necesidades y circunstancias. Se trata de un ejercicio de autonomía y autenticidad: dos valores fundamentales en el desarrollo profesional y personal.

Perspectiva académica

Desde una perspectiva académica, esta filosofía puede aplicarse a la construcción del conocimiento. Los estudiantes y profesionales enfrentan permanentemente un flujo de información y teorías: el desafío radica en identificar lo relevante, depurar lo superfluo y reinterpretarlo a la luz de la propia experiencia. Este proceso reflexivo es esencial para desarrollar el pensamiento crítico, una de las competencias más valoradas en la educación superior y en el ejercicio profesional.

En última instancia, la frase de Bruce Lee ofrece un marco adaptable para enfrentar las incertidumbres de la vida. No es solo un consejo práctico: es una invitación a asumir una postura activa y reflexiva frente a los retos. El verdadero aprendizaje y desarrollo provienen de nuestra capacidad de transformar las experiencias en algo auténticamente propio.

Ética profesional en Ciencias Económicas

El ejercicio de las profesiones vinculadas a las ciencias económicas—economía, administración, contabilidad, actuaría—tiene una dimensión ética que va más allá del cumplimiento normativo.

Quienes egresan de esta Facultad toman decisiones que afectan a organizaciones, a personas y, en muchos casos, a la sociedad en su conjunto.

Entiendo que la formación ética no es un añadido ornamental al plan de estudios: es una competencia fundamental.

No se trata solo de saber qué está permitido, sino de desarrollar la capacidad de discernir qué es correcto cuando las normas no alcanzan, cuando los intereses entran en conflicto o cuando las consecuencias de una decisión exceden lo inmediatamente visible.

Ese discernimiento—esa conciencia profesional—es, quizás, el aprendizaje más duradero que un estudiante puede llevarse de su paso por la universidad.

Como estudiante de la Universidad de Buenos Aires se espera un compromiso constante con la excelencia académica y personal.

Formar parte de una de las instituciones más prestigiosas de América Latina implica asumir la responsabilidad de aprovechar al máximo las oportunidades educativas que ella brinda.

Este compromiso exige dar lo mejor de uno, no solo en términos de esfuerzo intelectual, sino también de integridad, pensamiento crítico y ética profesional.

Éste es mi compromiso.

Aníbal Mario Mazza Fraquelli

Prof. Adjunto Regular – Legajo 154.358

Facultad de Ciencias Económicas

Universidad de Buenos Aires

República Argentina